

# Astrocito Multiforme

Noelia tiene 42 años, y una niña pequeñita, que desde hace unos días se queda a dormir con sus abuelos porque su madre lleva unas noches pasándolo peor de lo normal.

Todo esto no es culpa mía, ¿qué quisiera yo que se levantara de ese sillón y arrancara de su cabeza todo esto que he causado? Igualmente, hasta día de hoy nunca ha perdido la sonrisa de oreja a oreja mientras que tiene a su “mujercita”, como ella la llama, a su lado.

Yo no soy su amigo, ni su compañero, ni su cuidador ni nada por el estilo, pero aun así la veo cada mañana que entra al baño a lavarse la cara para ir al hospital. La veo a ella y me veo reflejado a mí en sus ojos, me veo cada vez que se mira al espejo pensando internamente por qué le ha tenido que pasar a ella todo esto.

No me gustaría tener que ver esa tristeza que tapa bajo su sonrisa, pero al fin y al cabo soy una parte de su cuerpo: soy una de las células que la componen... Una de las células que la ha llevado a toda esta pesadilla.

El glioblastoma multiforme es una forma agresiva de cáncer cerebral que presenta una baja tasa de supervivencia debido a su resistencia ante tratamientos de quimioterapia y radioterapia, y eso es justo lo que tiene Noelia.

Hasta que todo esto pasase, el resto de sus astrocitos y yo vivíamos en armonía, todo lo hacíamos como debíamos, ni demasiado bien, ni demasiado mal; como el resto de nuestras compañeras las células gliales. Pero debido a la exposición prolongada a diversas radiaciones que Noelia ha sufrido a lo largo de su vida, y también, a bastante mala suerte, desde hace unos siete meses todo han sido más que desgracias para ella y para nosotros.

Por culpa de esta condición que tenemos encima, llevo en división celular bastante tiempo, no puedo controlar bien mi sistema funcional ni puedo parar de reproducirme. Desde ese momento, siento que en mi morfología algo no va bien.

Me han tratado con Temozolomida, que es la quimioterapia adecuada para Glioblastoma, pero el genoma de Noelia permite al gen MGMT expresarse, privándonos a mí y a todas las demás astrocitos afectados de llegar a la muerte celular. De este modo, Noelia es resistente al tratamiento del tumor. Noelia está indefensa ante su enemigo, y éste va a por todas.

Sin embargo eso no es lo que me preocupa realmente, a todo el mundo le gustaría tener un millón de células con forma de estrella en su cabeza, a todo el mundo le gustaría tener una red celular parecida a un firmamento que alimentase e hiciese de sostén entre sus neuronas. Pero lo que sí me molesta realmente es verla de esta manera, sin poder hablar, con fuertes dolores de cabeza, viéndola cada vez más débil, y causándole muchos más síntomas.

Nuestra vida empezó a cambiar en enero de este año, cuando Noelia ingresó por urgencia a la clínica médica, donde se le realizaron todo tipo de pruebas cerebrales y motoras. Fue ahí donde se evidenció una lesión en el lóbulo temporal izquierdo de su cerebro.

En ese momento, tras un intenso seguimiento de su sistema nervioso, descubrieron este tumor que llevaba un tiempo alterando la integridad del sistema nervioso central y periférico de los cuales formo parte.

Después de siete largos meses, desde el frío de enero, hasta el calor insoportable de julio, no he dejado de ver a Noelia en shock. Es una mujer dura, ha podido con todo en esta vida, ahora tiene la tristeza larga, tan larga como sus paseos desde casa al hospital, aunque después de la quimio coge el autobús para volver.

Yo la miro desde lejos, aunque esté tan cerca de ella que estoy dentro suya. Pero ni mi desesperación ni la suya nos permiten ya diferenciar las distancias ni el paso del tiempo. Somos muy distintos, pero ella está hecha de mil pedacitos iguales que yo, o muy parecidos a mí.

Me duele verla caminando cada día más lento, como perdonando al viento, intentando perdonar a la vida, e intentando perdonarme a mí y a todos los que no le permitimos ni coger a su hija en brazos porque ha perdido toda su fuerza.

Ya no hay nada que esté en mis manos para revertir su esperanza, todos los estudios apuntan al mismo resultado, y Noelia ya no puede contener el llanto delante de su hija. Su “mujercita” no se entera, ella dice que es mayor, pero más grande es la inocencia que la abarca, que no la deja ver que tiene que abrazar a su mamá más que sus amigos, para acordarse de mayor de su olor cuando ella falte.

¿No es triste que Noelia tenga una apoptosis en vez de mí? ¿No es triste que diese su vida por vivir?

Desde hace un tiempo, todo ha vuelto a dar un vuelco.

En una de las pruebas regulares a las que nos sometemos, han detectado un crecimiento del tumor de 3 mm de diámetro, como estaba antes, a 3 cm, que es como está ahora.

Después de todo este tiempo de sonrisas forzadas, Noelia ha sido detectada con un Glioblastoma Multiforme de grado 4, conocido como “terminal”.

Sin embargo, Noelia no le tiene miedo a eso, no le tiene miedo a su propio cuerpo, tiene miedo a seguir perdiendo la visión y no volver a ver bien a su niña. Eso sí la eriza y la rompe.

Uno de los síntomas causados por el Glioblastoma Multiforme, es la pérdida de la visión. Esta patología no sólo deja a muchos de sus pacientes sin fuerzas, sino que tampoco los deja ver con claridad la luz de su túnel.

Por cierto, todo este relato no lo estoy escribiendo yo, ni ningún otro astrocito. Es una forma de liberación de Noelia, y una forma de divulgación científica a su vez, que está construyendo en su imaginación en esta estancia en el hospital hasta que salga del coma.

Después de haberse documentado entre miles de libros de medicina general, neurología y otras materias, es la hora de soltar esa información sobre algún papel.

Era necesario que un astrocito, el responsable de este cáncer, advirtiese de lo que es capaz de llegar sin quererlo.

Sólo hace falta mucha mala suerte para que la piedra de las mutaciones genéticas cause un daño así. Solo hace falta mala suerte, porque nadie, nadie merece ser Noelia.